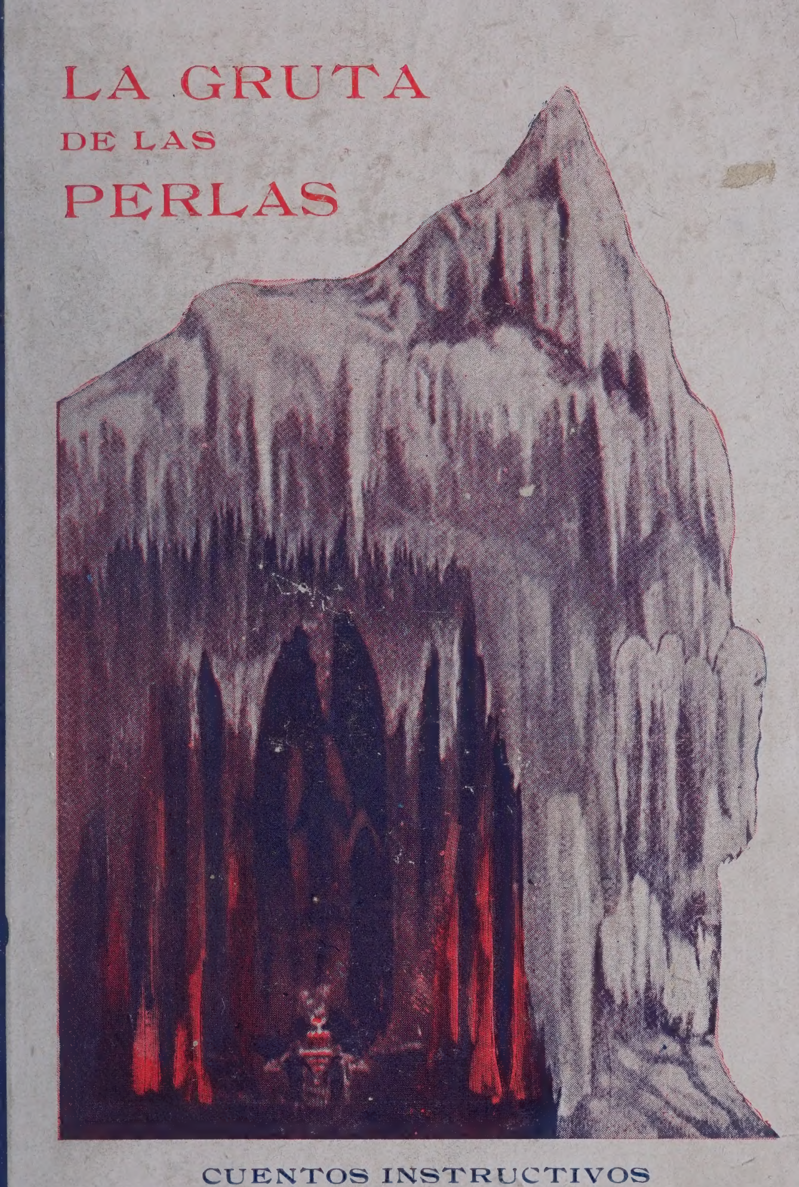
LA GRUTA DE LAS PERLAS



CUENTOS INSTRUCTIVOS

POR

María Angélica Méndez Caldeira

APROBADO POR EL H. C. N. DE E.

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

LA GR

F. Pereira e Hijos, impresores — Humberto I, 1046-50

CUENTOS INSTRUCTIVOS

LA GRUTA DE LAS PERLAS

POR

María Angélica Méndez Caldeira

Aprobado por el H. C. N. de E.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA

BUENOS AIRES
LIBRERIA Y CASA EDITORA DE JESUS MENENDEZ
Bernardo de Irigoyen, 186

1928

PROLOGO

"Esto que ves es la realidad más pura vista a través de un sueño".

(El pájaro maravilloso)

Con este libro ingenuo y fantástico, realista y espiritual a la vez, la señorita María Angélica Méndez Caldeira aporta a nuestra literatura un nuevo contingente de ricos valores, porque en él, como en la gruta submarina de su hermoso cuento, hay joyas exquisitas y tesoros ocultos.

Ya en sus poemas en prosa, "Gracia y Castalia", como en otras obras publicadas, puede admirarse, además de la originalidad en la concepción y del fino sentido estético, lo que podría llamarse el don poético por excelencia: el don de visión.

Esta vez, movida por nuevas sugestiones, ante la llamada de una inspiración tan hermo-

sa como altruísta, ha dado curso, en esta obra, a esa alta aptitud artística apenas esbozada hasta ahora, cultivando también con verdadero éxito en estilo correcto los géneros narrativos.

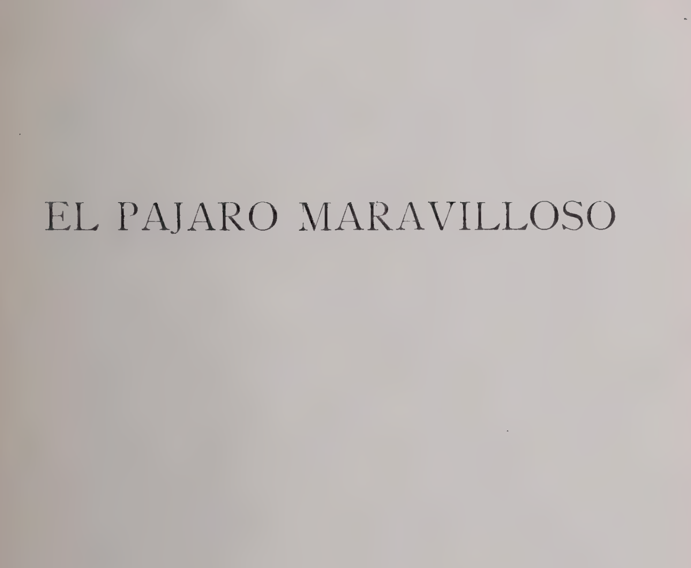
Sí. La señorita de Méndez Caldeira me hace pensar, no sé por qué, en una de esas hadas de los cuentos, una hada buena, que, hondamente conmovida por el dolor de la humanidad, aplicase sus artes mágicas a la más elevada de las acciones, y sabiendo por otra parte que educar el alma del niño es modelar el corazón del hombre, se propusiese mejorar al hombre por la persuasión de su palabra, para dignificar así la vida.

Al encanto de su palabra dúctil, insinuante, llena siempre de lirismo, como al toque de la varita misteriosa, surgen ante los ojos del lector mil escenas y cuadros, como para satisfacer esa sed ávida de fantasía que caracteriza a la juventud; sólo que aquí, por afirmar lo fantástico no se niega la realidad empírica del mundo, la mente no se complace en las arbitrariedades de ensueños artificiosos o anormales; sino que la imaginación, puesta ella también al servicio del fin pedagógico-moral, acerca al joven lector a las altas sugestiones de la ciencia, lo lleva a través de las bellezas de la natu-

raleza, hasta ponerlo en el dintel, por decir así, de la maravilla religiosa

Impresiones familiares, cuadros de la vida real, tradiciones históricas, narraciones camperas, desde la carreta rústica perdida en el camino polvoriento, hasta los secretos sutiles de la noche estrellada, todo, en fin, siguiendo una gradación continua de imágenes, de figuras, de escenas, mostrándonos tan pronto el encanto de la virtud, como el horror del vicio, el extravío de la superstición popular como el Poder de la Bondad y la Justicia divinas, nos atrae, nos conmueve, nos transporta por unos instantes al menos, a una vida más luminosa, hacia un deal de pureza, de elevación, de misterio, de serenidad y de Gracia infinita....

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ



EL PAJARO MARAVILLOSO

EL PAJARO MARAVILLOSO

ALBERTO era un niño que tenía afán por conocer el universo. Había viajado por su patria, la República Argentina, y conocía todas sus provincias y territorios, había viajado por Europa, pero ahora quería viajar por el cielo, en un hidroplano, como Franco, Duggan, Olivero y tantos felices aviadores.

Alberto rogó a Dios que lo ayudara a realizar su ideal y estaba rogando aún, cuando, como en un sueño, oyó una voz que le decía:

—Hijo mío, el cielo ha oído tu ruego y como te portas bien y deseas viajar, te complaceré

—¿Y adónde me vas a llevar? ¿a alguna isla encantada? —dijo Alberto con alegría; y mirando a sus pies, vió cómo volaba la esfera negra y grande en que estaba parado, giraba describiendo enormes círculos a una velocidad vertiginosa.

—¿Dónde estamos, mi buen rey y señor? —dijo Alberto lleno de alegría y emoción.

—Estamos en la Tierra, —contestó la voz.

—¿Y ese inmenso vacío azul?



—Es el Universo —repuso el señor, que era nada menos que el Rey de los genios... y al tiempo que contestaba dió un brinco, desde una luminosa estrella, por el aire, hasta el planeta en que estaba Alberto, o sea la Tierra y quedó parado al lado de él. Era muy pequeñito este genio y tenía una barba larga y tan blanca que parecía de algodón, como su cabecita, sobre la cual tenía un casquete rojo ladeado con cierta gracia. Después de mirar a Alberto le dijo con voz suave y reposada:

—Yo soy aquel célebre astrónomo que se llamaba Copérnico; mi patria era Polonia, yo fuí el que declaré que este planeta que estamos pisando, "la Tierra", no es el centro de los demás cuerpos celestes, sino que es uno de los tantos planetas del mismo sistema solar que giran alrededor del sol. Bueno, ahora voy a cumplir mi promesa —dijo, y mientras Alberto lo miraba callado, vió lleno de asombro que este genio íbase transformando poco a poco, hasta convertirse en un pájaro maravilloso. Su plumaje parecía hecho con los más deslumbrantes rubíes, con las más preciosas esmeraldas, con las perlas más irisadas y las turquesas, los diamantes, los topacios y los esmaltes más preciosos de la tierra. Abrió las alas extendiéndolas, para probar su mecanismo y vió que al extenderse, produjeron una vibración musical en sus suaves y acompasados aleteos. Abrió sus ojos que parecían escrutar el infinito y como rayos de luces de colores muy raros, penetraron las nubes más lejanas y altas del cielo; abrió su pico de oro y dió un silbido tan estridente que invadió los aires más lejanos. Después estiró sus patas de coral con uñas de ágata, transparentes y luego, tomando al niño suavemente con su pico,

lo sentó cómodamente sobre su blando plumaje, se lanzó con él al espacio, remontándose sobre las nubes más lejanas de la tierra, volando en una desenfrenada carrera sobre los astros. Recorrieron muchos millones de kilómetros a través del universo y vieron que a lo lejos brillaba una estrellita, como las vemos desde aquí y a medida que ellos se acercaban, la estrella se iba agrandando, hasta que ya muy cerca pudieron ver que era un inmenso planeta y después de haber volado sobre él, comenzaron a descender lentamente, hasta posarse en su superficie.

—Este, es otro de los mundos que giran alrededor del sol —dijo el genio — y se llama "Mercurio"... es el que está más cercano al foco del sistema solar; sin embargo, su distancia del sol es de 15 millones de leguas. En este planeta hay montañas como en la tierra y está rodeado de una atmósfera en la cual flotan vapores absorbentes...

—¿Y habrá personas o animales de alguna especie?

—¡Quién sabe —dijo el pájaro maravilloso, la naturaleza es tan fecunda y el poder de Dios tan grandioso... luego, —dijo, indican-

do a lo lejos un puntito que irradiaba en el espacio azul:

—¿Ves aquella estrellita lejana?

—Sí, ¿aquella que vuela entre los demás planetas?

—Sí, esa es la Tierra.

Y en el instante, de un rápido vuelo, estuvieron tan cerca, que el niño pudo contemplarla cuán hermosa es, es decir, como un astro blanco, luminoso y tan grande como mis lectorcitos no se pueden imaginar.

—Yo creía que la tierra era negra y no tan blanca y brillante como la luna; ¡tanta es su luz! —dijo el niño.

—Sí, hijo mío, es negra, pero brilla así desde lejos por la luz que refleja el sol sobre ella, iluminándola como a la luna que también es opaca. Eso que estás mirando como una estrella luminosa flotando entre los astros, ese planeta inmenso es la Tierra, girando entre las estrellas y todos los mundos invisibles a los seres humanos. Esto que ves es la realidad más pura vista a través de un sueño. Pero sigamos nuestro viaje a través del espacio azul — dijo el pájaro y extendiendo sus potentes alas, lanzóse al vacío dando estridentes silbi-

dos como de clarines de oro y posándose sobre una nube celeste, dijo:

—¿Ves aquella estrella que es la que más brilla en el cielo?

—Sí, mi buen genio —dijo el niño.

—Bueno, has de saber que esa estrella es el planeta llamado "Venus". Este se halla como "Mercurio" muy cerca del sol, por eso despide esos rayos de luz tan viva y brillante; es el llamado por algunos "la estrella de la mañana" o "estrella del pastor".

—Bueno, sigamos nuestro viaje —dijo dando silbidos estridentes, dejando un reguero de chispitas verde-azules y rojas que brotaban de sus alas y patas, produciendo al mismo tiempo un viento formidable por la desenfrenada velocidad, que deshacía las nubes rosadas que flotaban suavemente en el aire azul. Dejaron atrás los planetas, la Tierra, Venus y Mercurio a través del gran viaje de millones de millas por el espacio y llegaron por fin a otro planeta, o sea el cuarto de los mundos que giran constantemente alrededor del sol. Su color era rojo como una esfera de fuego y circulaba alrededor del astro rey.

—Este mundo planetario, —dijo el pájaro, es más pequeño que la Tierra; en él, como

en la Tierra hay tres zonas: la tórrida, la templada y la glacial. Este mundo se llama Marte, y por las observaciones que desde nuestro mundo hacen, con sus potentes telescopios, los astrónomos, entre ellos Martín Gil, que es un sabio astrónomo de la República Argentina, pueden ver los principales hechos de la meteorología marciana: la formación de los hielos polares, las lluvias, nublados, etc. La atmósfera de este mundo es parecida a la de la Tierra.

—¿Y hay seres vivientes en él? —preguntó Alberto.

—Aun no se sabe, pero puede ser que haya seres semejantes a los de la raza humana. Luego vieron los planetas llamados: Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno; el planeta Júpiter, surcado por bandas. Neptuno, que se encuentra como envuelto entre una luz crepuscular, porque está en los más lejanos dominios donde impera o ilumina el sol...

—He aquí —dijo el genio— la última ciudad del mundo planetario que circula alrededor del sol... y por lo tanto, la última de las islas encantadas del universo que te prometí.

—Pero, aún falta algo —dijo, parándose sobre una nube dorada, extendiendo sus alas y

produciendo una música muy suave como de un sueño. Entonces lanzó un silbido tan formidable que hizo temblar el espacio y en ese instante se vió avanzar imponente y majestuoso desde el profundo abismo azul, un astro que presentaba un espectáculo maravilloso. Era una cola, como una cabellera luminosa y brillante, como un sol, de millones y millones de leguas de largo.

—Ese astro es un cometa —dijo Copérnico, el genio,— y está formado de gases, carbonatos, hidrocarburos, etc. Mira —dijo, y Alberto contempló asombrado cómo avanzaba la cola de fuego por el aire, a una velocidad de 4.200 metros por segundo y cuando estaba muy arriba, se deshizo, convirtiéndose su luz en una maravillosa lluvia de estrellas fugaces, que se perdieron en el espacio...

—Este fenómeno es propio de estos astros; así acaban todos los cometas —dijo èl genio, y remontando el vuelo, —sigamos nuestro viaje universal. Y contemplaron todos los grupos de estrellas que se llaman constelaciones.

Y ya en los profundos y misteriosos abismos celestes donde la imaginación del hombre no alcanza, pudieron contemplar cómo brotaban en el espacio pequeños soles y eran

miles como las arenas del mar... Algunos dobles y magníficos giran alrededor de otros. Los hay rojos, violados, esmeraldinos, azules y forman contrastes: un rubí gira en torno de una turquesa, una esmeralda en torno de un topacio. En la vía láctea contaron 18 millones de soles o estrellas.

Y luego el pájaro maravilloso, puso al niño sobre la Tierra y él se remontó hacia los astros, dando silbidos, como de clarines de oro y tiñendo las nubes blancas que flotaban en el aire con las piedras de sus alas de colores; y ya muy alto se perdió en las sombras del espacio.



CHARLAS DE TRADICION

CHARLAS DE TRADICION

FUI hecha con los árboles de los bosques americanos, —dijo la rústica carreta— y allá por el tiempo de Maricastaña... hacía viajes de ida y vuelta, largos, como las esperanzas del pobre, tirada por mansos bueyes, hechos a todos los rigores de estos climas, cuando no había ferrocarriles, ni por asomo. Y al paso lento de los bueyes recorría leguas y leguas, por entre bosques y sierras, por pantanos y llanuras inmensas. Fuí algunas veces atajada en la negra noche y en descampado, por las hordas de indios bravos, que merodeaban en los caminos para entregarse al robo y al asesinato de mis troperos. Pasé silenciosa y paciente, bajo ardientes soles, lluvias y tormentas y vadeaba negros pantanos, donde se reflejaban temblorosas las estrellas, bajo el techo azul del cielo de la Pampa. Fuí besada

por los vientos con aromas agrestes de retama y alguna vez en mi pértigo se pararon jilgueros a cantar sus trinos para alegrar mi



soledad, que cobijaba algún espinoso aromo en flor. Yo no más iba y venía llevando y trayendo las mercaderías para mis criollos.

Vivían mis paisanos vida apacible en sus ranchos de barro y paja, donde en las maña-

nas venían a cantar los zorzales bajo la flor de ceibo color de sangre.

De mi querida Buenos Aires, acarreaba altas pilas de cuero, bolsas de harina, calzado y objetos de plata y de talabartería. Remontando llanuras de ricos pastos, o costeando montañas hasta Tucumán y Salta, tres meses yendo y tres... viniendo al pasito, por esos campos de Dios..., les traía a los de estos lugares vinos muy ricos de Mendoza, orejones y pasas de uva; de las regiones pantanosas de Tucumán, un rico arroz, y caña de azúcar, mantos y ponchos de vicuña, alfombras de todos colores, tejidas y teñidas por los indios de Salta y de Tucumán, que tenían sus chozas entre los montes salvajes. Mi gente, los troperos, cuando tenían apetito se bajaban, y sobre el verde, encendían una fogata para hacer un rico asado; después del asado, sentados sobre los ponchos, tomaban unos mates para reparar las fuerzas y entonar el estómago y luego, en el silencio de la noche, alrededor del fuego, se contaban cuentos de brujas y aparecidos. Y así tranquilos y contentos, se ponían en marcha, al paso lento de mis mansos bueyes, cantando un "triste", para que la luna nos cobijara con su manto plateado y el viento,

balanceara los cardos que florecían azules como una ilusión agreste y perfumada, de los campos americanos.

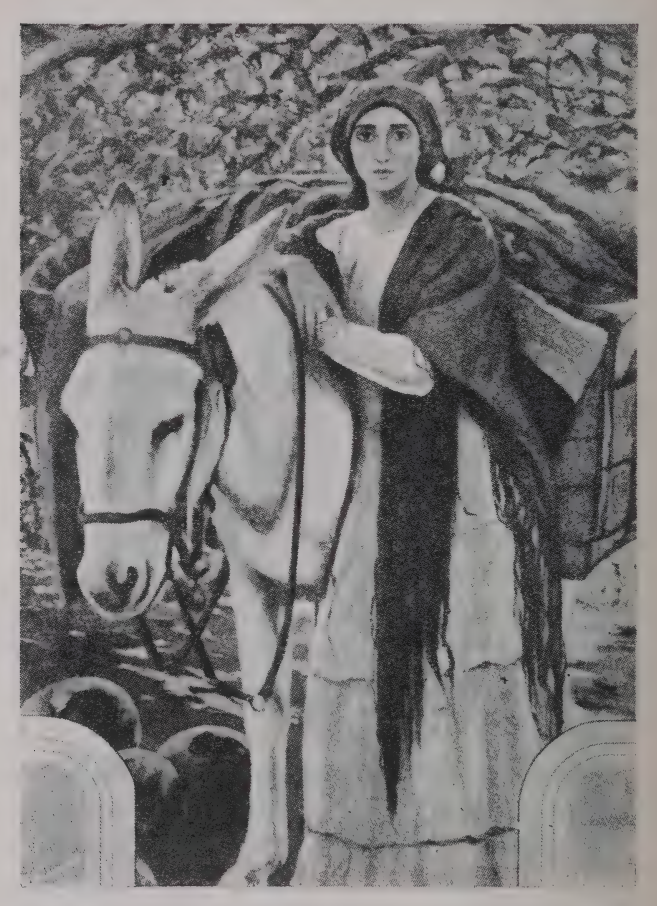
Así me habló una noche la carreta que fué allá por esos tiempos de Maricastaña, el vehículo obligado y necesario, manso y sufrido como sus bueyes blancos y como el alma del paisano.

Y DIJO UNA MULITA BLANCA

FUI también yo, por esos años de Dios, una de las tantas que formaban en tropas de a trescientas; y a paso lento iba por la misma senda de la carreta de los mansos bueyes y de las arrias, porque eran las sendas más o menos obligadas. Era la yegüita madrina que dirigía la tropa con mi cencerro sonador, que bailaba en mi pescuezo como una campanita de plata. Llevé carguitas a lomo, desde doscientos hasta doscientos cincuenta kilos, de las minas de plata y otros preciosos metales de la Rioja y Catamarca.

Ibamos en noches serenas bajo la luz de las estrellas, costeando las altas montañas, llenos sus bosques de fieras y de pájaros de colores y ya a la orilla de un arroyo o de profundos abismos negros y llenos de maraña salvaje, llegábamos por fin al valle de Lerma, con la car-

guita de plata en barritas y la tropa mansa y resignada de las mulitas serranas, con la



alegría de mi cencerro tan sonador como campanita de plata.

Y DIJO EL CHASQUI

TRAJE y llevé noticias del hijo a la madre ausente y de seres que se amaban por esos años de Dios. Fuí el correo que, como un dulce lazo de amor, acercaba las distancias enormes como la Pampa y desafiando peligros de los caminos y tormentas, puse mi vida al servicio de mi patria querida. Entonces yo, con mi carterita de cuero con llave, entre la que llevaba palpitando un mundo de ilusión, de tristeza o de gloria, según... hacía leguas y leguas hasta llegar a la "posta", para cambiar el caballo cansado por otro flete criollo, que volaba como el viento, repartiendo cartas y encomiendas. Me introdujeron los españoles allá por el siglo XVII y fuí el buen chasqui que sufrió torrentes de agua, huracanes de viento y tierra y soles ardientes por servir a la patria, a galope tendido, por las Pampas de América, sobre los pastos agrestes y perfumados con las margaritas y claveles del aire de sus montes frondosos.

Y DIJO LA GALERA

LA misma senda de la carreta con sus mansos bueyes, de las tropas de animales y reseros y del chasqui, seguí yo allá por esos benditos años de Dios. Fuí una casilla ambulante y bohemia. Yo tenía en mi interior camas blandas, frugales alimentos y todo lo que necesitaban los que viajaban días y días por los campos argentinos. Hacía de ferrocarril y llevé en mis viajes por la llanura a lindas morenas con mejillas rosadas como duraznos olorosos, negras trenzas y ójazos decidores, a criollos guapos, valientes, corteses y joviales y a gentiles españoles; todos esos tipos viajaban en mi rústica casilla hecha con maderas de mis bosques y de construcción primitiva, propia de las viejas colonias de América. Estas fueron las palabras de la carreta rústica, la mulita blanca, el mozo criollo del correo, llamado "chasqui" y la agreste galera de la tradición...

EL TIRANO ROSAS

EL TIRANO ROSAS

CUANDO el tirano don Juan Manuel de Rosas fué elegido gobernador de Buenos Aires por primera vez, la ciudad que hoy vemos tan populosa, era entonces una pobre aldea. Las calles eran estrechas y de tierra, las veredas de ladrillos y el poco alumbrado que había consistía en unos faroles con una vela adentro. Las señoras y señoritas usaban traje a la española, es decir, amplia falda y en la cabeza una mantilla que Rosas hizo substituir por un gran moño rojo sobre el cabello y se llamaba "el moño federal". De noche, cuando salían de visita, iban acompañadas por esas calles casi obscuras, por un negro que alumbraba el camino con un farol o linterna. Las casas eran bajas con grandes patios, llenos de plantas y ventanas a la calle con rejas "vo-

ladas". La vigilancia consistía en unos gauchos bandidos emponchados, que se llamaba "la mazorca" y recorrían las calles silenciosos y a veces tirando tiros en las casas que es-



taban habitadas por "unitarios" o sean los del partido político contrario al del gobernador Rosas y que eran los "federales".

En esa época había en Buenos Aires una cantidad de negros que vinieron de Africa y se ocupaban en casi todos los oficios que hoy se ocupan los de otras naciones. En los barrios que ellos habitaban daban grandes fiestas y mientras bailaban gritaban y tocaban los tam-

bores: a estas fiestas les decían los "candombes de los negros".

Cuando Rosas era niño, y hasta que fué gobernador, vivió en el campo, administrando las estancias de sus padres primero, y luego las de él. Era muy amigo de los gauchos y vestía como ellos. Los paisanos lo admiraban porque no podían competir con él en la habilidad y destreza que tenía para enlazar, bolear, jugar a la taba, etc. Estando a caballo, no le faltaba el lazo y las boleadoras. Vestía de chiripá, poncho, bota de potro con espuelas, facón y chambergo como un verdadero gaucho. Era hijo de padres ricos y de noble cuna.

Su policía, que era la mazorca, cometía toda clase de crímenes, asaltaban las casas de familia en plena noche y a veces de día; porque sus moradores eran "unitarios", o porque usaban algún objeto personal de color azul; esto era suficiente para que los mazorqueros asaltaran las casas de esos pobres, cualesquiera fuera la clase y condición social a que pertenecieran. Entraban, golpeaban a las mujeres, niños y hombres, rompían cuanto caía a sus manos y hasta mataban a los que se les ocurría. Por esto, los habitantes de Buenos Aires vivían sobresaltados y llenos de terror. Este

hombre, siendo argentino y reputado político y rico, que en sus manos tenía todos los medios para terminar la obra de unión nacional que tanto ansiaban los argentinos, no sólo no hizo ningún bien a la patria, sino que la hundió en la tragedia y la vergüenza; porque sólo la vanidad y la ambición lo llevaron al poder. La ciudad colonial era un modelo en sus costumbres, basadas en la religión, la hospitalidad y el culto de la moral, todas estas virtudes heredadas de los españoles. Los criollos (los argentinos descendientes de extranjeros) hacían vida honesta y tranquila y eran muy patriotas.

Entonces no existía el confort ni las comodidades de hoy día. No había aguas corrientes. En algunas casas habían aljibes, pero la mayoría de la gente tenía que comprar el agua. A la hora de la siesta se oía un cencerro; era el aguatero en su rústica carreta, tirada por dos mansos bueyes y repartía el agua a domicilio. Las familias casi todas estaban servidas por negras, las que eran muy entendidas y dispuestas en todos los trabajos domésticos; sabían amasar tortas, fabricar licores y eran grandes fumadoras. Las negras lavanderas iban a lavar la ropa en los charcos de la playa

cerca del río y los cocheros en su mayoría eran negros que vestían la ropa usada de sus amos y consistía, por ejemplo, en: un levitón de faldones voladores, galera alta, bastón de palo y como eran muy presumidos, se ponían cadena y reloj (de cobre). Verlos y tentarse de risa era todo uno, pero si ellos veían al burlón, le echaban una retahila de padre y señor mío. Si eran unos chimpancés, con su cara negra, de nariz achatada, su "trompita" y la cabeza con una mota tan crespa y blanda como lana: eran unos monos de etiqueta. Bueno, basta de reírnos de los pobres negros y volviendo al tirano Rosas. Cuando éste era joven, que vivía en la campaña, tenía una peonada armada que con el tiempo fué como un escuadrón y más tarde como un regimiento. Esto lo hizo Rosas, porque en esas lejanas épocas los indios de la Pampa asaltaban las estancias, mataban y saqueaban, porque vivían de sus fechorías, por esto es que en casi todas ellas era necesario tener gente armada para repeler los ataques de los salvajes. En el año 1820, el General Rodríguez, que era a la sazón gobernador provisorio de Buenos Aires, fué depuesto por una asonada revolucionaria; éste organizó sus fuerzas y Rosas lo ayudó con sus "colorados"

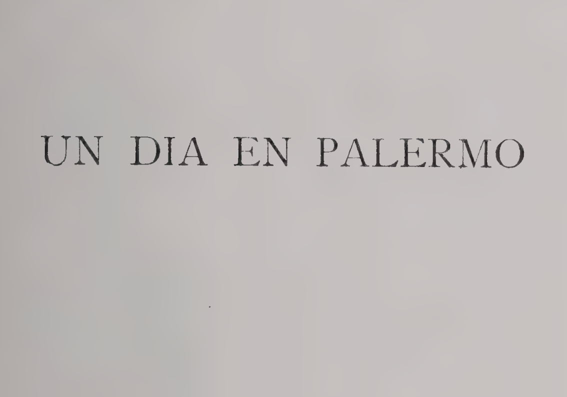
(se llamaban así a las peonadas de Rosas porque vestían de chiripá y sombreros rojos). Con la ayuda de los hombres de Rosas, Rodríguez recuperó la ciudad después de una lucha encarnizada y Rosas fué el héroe del día. El pueblo agasajó a sus colorados que acampaban en la plaza de la Victoria (hoy de Mayo). Rosas fué nombrado gobernador por la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires. Su administración fué buena al principio y fué recibido por mayoría de votos, pues él pidió que se convocara al pueblo a elecciones, pero no tardó en demostrar su crueldad y comenzó a perseguir a los "unitarios". El dictador Rosas tenía facultades extraordinarias (representaba todos los poderes) y se ensañó en la persecución de los hombres que teniendo un alto concepto de la patria y la libertad, no podían sufrir tanta tiranía y humillación, pues ni hablar con libertad era posible y es por esto que muchos de ellos tuvieron que abandonar su patria amada y emigrar a Chile, Montevideo o el Perú, desde donde combatirían al tirano por medio de la Prensa. Entre otros hombres ilustres emigraron Mármol, los Varela, Mitre, Sarmiento y muchos otros. Los unitarios, eran asaltados y degollados en las calles en medio

de las carcajadas de la Institución Policial y quedaban tirados hasta ser recogidos al día siguiente, por los carros destinados a las basuras. Llegó este ser, hasta hacer colocar su imagen en los altares de las iglesias, para que lo veneraran como a los santos y en carros triunfales paseaban su retrato por las calles. Los documentos oficiales comenzaban por estas palabras:

"Viva la Confederación argentina
Mueran los salvajes unitarios."

Pero llegó el día de la libertad para los pobres argentinos oprimidos por tantas luchas y el país confederado reaccionó. Unitarios y federales unidos derrotarían al tirano. En Montevideo, que fué el centro de propaganda contra el dictador, se constituyó una comisión argentina. Con el pronunciamiento de Corrientes, la conspiración de Maza, la revolución del Sur y la campaña de Lavalle y del General Paz y Urquiza al final, fué completamente derrotado en Caseros. El día 25 de Mayo, Urquiza proclamó a los pueblos y Rosas al ver perdida la batalla huyó.

Al fin emigró a Inglaterra, dejando la más ingrata página en la historia de su patria. Murió en Southampton, en el año 1877, a la edad de 84 años.



UN DIA EN PALERMO

UN DIA EN PALERMO

PALERMO es el paseo preferido por los niños de Buenos Aires, porque es un lugar lleno de encantos naturales y artificiales, allí hay alegría, vida y color y no se sabe que admirar más si los parques con sus jardines ingleses, cubiertos de pasto siempre verde, la cantidad y variedad de sus rosales florecidos, los cristalinos lagos sobre los que navegan cisnes blancos y negros bajo la luz de la luna, o la gloria del sol... o el rústico puente japonés, engalanado de rosas de todos colores que forman guirnaldas y caen sobre el lago. ¿Y el encanto de su bosque silencioso, custodiado por las blancas estatuas de mujeres hermosas, sobre pedestales cubiertos de musgo, y sus sendas solitarias de altos y añosos árboles, alfombradas de hojas marchitas y perfumadas de

eucaliptos y llenas de trinos de pájaros? ¿Y sus kioskos blancos y sus glorietas cubiertas de madreselvas? Los niños amarán más el color, la luz y la alegría del paseo y especialmen-



te ese enrejado Jardín Zoológico donde se ven pájaros de todos colores y tamaños, jirafas entre rejas, fieros leones, tigres soberbios, boas, focas y animales de toda especie.

Paseaba yo una tarde por estos parques y entre la enorme cantidad de niños que a él concurren, en busca de aire y de sol unos, y de juegos y diversiones otros, había una parejita de hermanitos, que debían ser asiduos concu-

rrentes, por la confianza que había entre ellos y el viejo guardián del jardín.

Beba, la niñita, se entretenía en cazar mariposas que a millares y en enjambres multicolores, revolotean libando en los cálices de las



flores el dulce néctar, mientras Nené, el hermanito de ella, con una honda, daba muerte a todos los pajarillos que encontraba a su paso. El pobre viejo guardián, que ama y cuida las flores y los pájaros como tesoros, los reprendió severamente, pero éstos, habituados a sus sermones no le obedecían y seguían entusiasmados con sus juegos inhumanos. Y correteaba Beba para dar caza a una negra mariposa

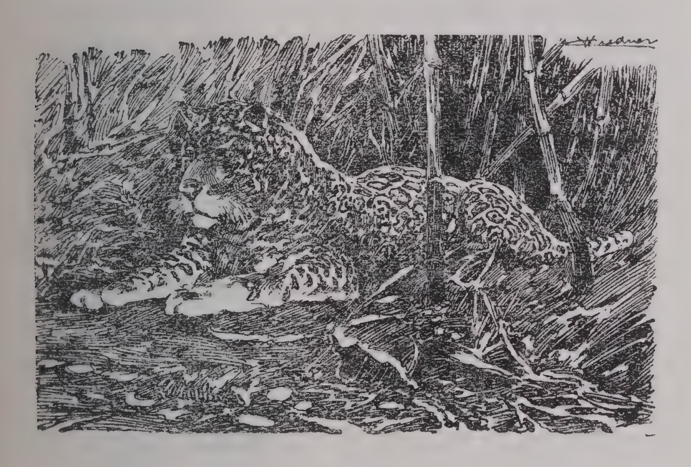
como de terciopelo, moteada de lunares rojos, amarillos, verdes y azules, como pintada.

Al pasar junto a los floridos rosales, balanceáronse bruscamente éstos, inundando la tierra con sus rosas perfumadas. Al ver esto, el



guardián, enojado, la hizo sentar en un banco, mientras iba en busca de Nené, que correteaba para cazar un esmaltado picaflor, para darle muerte, pero cuando ya parecía estar presa la avecilla se elevaba volando en giros rápidos hasta que desapareció en el Bosque. Vino Nené con el viejo que lo sentó al lado de Beba y dijo a ésta, mirando en su manita cómo agonizaba la bella mariposa, con las alas quebradas.

—Tan pequeñita y tan mala. ¿Consideras una diversión el hacer tanto daño? En un instante has hecho dos crímenes, sí, porque tan crimen es romper esas rosas que deshojaste, como el haber dado muerte a ese animalito de Dios.



—Y tú, —dijo a Nené —; si habrás muerto pajaritos en este jardín y ahora corrías para herir con tu honda a ese pobre ruiseñor que ha huído a refugiarse en el Bosque!

Esas son acciones muy malas y los niños que dan muerte a esos animalitos que Dios les infundió vida, no tienen sentimientos humanitarios, sus almitas son frías como el hielo y se hacen odiosos para los buenos. A los niños que son así malos, a medida que van creciendo

se les acentúa la maldad de sus almas, porque la Naturaleza castiga a los seres que quebrantan sus leyes y los niños se ponen muy feos, porque las malas inclinaciones de sus almas se van acentuando en sus caras, dándoles un aspecto antipático, porque así como a los niños buenos se les refleja la pureza de sus almitas en sus rostros, en la expresión candorosa y en la mirada dulce como una caricia, así, a los que son malos, desobedientes, perseguidores de animalitos o mentirosos, etc., aunque ellos sonrían, Dios hace que toda la gente les vea reflejada en sus caritas la imagen de sus virtudes o de sus vicios morales.

Si no hay en esos tiernos corazoncitos cariño para esos pobres seres, ¿qué se puede esperar de ellos? Rompiendo las flores, ¿qué prueba da de buenos sentimientos una niñita, las flores que nos dan su perfume y su alegría, como las mariposas que son la poesía del jardín? ¡Ay!, quiera el cielo conmover esos corazoncitos y que esas manitas tan tiernas, no se acerquen a un pájaro, una flor, una mariposa, sino para acariciarlos, pues, ¿qué otra cosa que no sea cariño y ternura, merecen esos seres alados, dueños del espacio azul y que nos alegran la vida con sus cantos y perfumes?

—¡Yo nunca más les voy a hacer daño, abuelito! —dijo muy profundamente arrepentida Beba y con los ojos empañados en lágrimas.

—¡Y yo jamás en mi vida he de matar más pajaritos! —juró enérgicamente Nené, haciendo trizas su honda (el cuerpo del delito...)

—Bueno, Dios quiera que así sea —dijo el anciano conmovido, por haber tocado esos corazoncitos y con su gorra en la mano que dejaba descubierta su cabeza nevada por los años, parecía un venerable padre de la patria.

—Los niños deben ser cariñosos y no destrozar nada, porque un espíritu de destrucción, es un castigo de la Naturaleza.

—¿Ven aquel nido? — dijo señalando entre una verde rama, un nidito, tejido como una canastilla.

—Sí, lo vemos, abuelito.

—Bueno, esa es la casita de los pájaros, ¿ven cómo esos pájaros que vuelan alrededor, traen en sus picos comida para alimentar a sus pichoncitos?

—¡Sí, abuelito! Pobres, ¿eh?

—Bueno, ¿a ustedes les gustaría que viniera un hombre malo y matara a sus papás?

—No, abuelito, —dijeron a una vez Beba y Nené.

—Bueno, así como a ustedes no les gustaría que mataran a sus padres, a esos pobrecitos pichones que pían en el nido de plumitas, tampoco les gustaría que matasen a los de ellos. Hay que respetar la vida de todos los seres y especialmente la de los indefensos que nos hacen tanto bien como los pájaros. Ellos nos librán de los insectos y reptiles dañinos que destruyen las plantas. Hay una especie de pájaros que expurgan y destruyen todo lo que pueda hacerles daño y cómo será de grande la obra de estos animalitos, que si ellos abandonaran un solo día la obra que la Naturaleza les ha encomendado, la flora dejaría de existir. Los pájaros son seres inteligentes y tan cariñosos entre sí, como la más tierna y abnegada de las madres y son grandes colaboradores del hombre en el bien, por eso mis amados hijitos, yo les ruego —dijo el guardián lleno de emoción— que respeten a esos seres, desde el más lindo hasta el más ínfimo insecto o reptil y que no les hagan mal, que de los dañinos se encargarán los pájaros de destruirlos. Hay un insecto que se llama carcoma, es un roedor que devora la madera mojada y otro monstruo terrible el "termite", éste devora la madera seca. Pues bien, un pájaro es el destructor de

estos insectos, destruye sus huevos y se llama el "ave fría".

Niños lectorcitos de mi cuento: hay una plantita que debemos cultivar con todo esmero; es nuestra alma, y para que dé flores preciosas y llenas de fragancia, hay que practicar la virtud del deber y ese cariño que sentimos por nuestros padres, bienhechores, etc., debemos extenderlo a las plantas y a todos los seres de la creación. Y pensando en Dios para que esté contento y nos ayude, procurar hacer todo el bien posible y prodigar las sonrisas, porque la sonrisa y el cariño de los niños es la poesía de la vida, como el perfume de las flores y el canto de los pájaros. ¿No ven cómo desde su prisión que es la jaulita dorada, ellos, para alegrarnos, cantan sus melodías?... ¿No llamarán con sus dulces acentos a los que gozan la libertad de los bosques? No estarán tristes esos pobres pajaritos en sus prisiones? ¿Y serán dolores o alegrías lo que nos quieren expresar en sus dulces gorjeos?... ¡pobrecitos!... Y aun desde su prisión ¡cómo nos alegran llenando nuestras casitas con sus trinos melodiosos!...

ANTE EL ALTAR DE LA PATRIA

FUE un glorioso 25 de Mayo. El pueblo argentino se había citado una vez más ante la Pirámide de Mayo, "el altar de la patria", para jurar fidelidad a la bandera de Belgrano:

"Oid mortales el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad.
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la nueva igualdad."

Y entre la entusiasta multitud desfilaba el ejército argentino. El ruido de los cascos de la caballería, precedió a una clarinada de gloria que vibró en el espacio y fué lanzada por un oficial de los granaderos de San Martín y entre flores, trofeos y cantos, pasaron los soldados de la patria.

Se veían cadetes de la Escuela Militar, infantes, marineros. Brillaban al sol bayonetas caladas, tronaba en el aire la artillería, cañones, tanques. Y al viento ondeaban banderas, blancos penachos. Y deslumbraban los cascos de bronce, los kepís rojos y dorados galones. Y sonidos de miles de clarines vibraron entre la polvareda que levantaban los cascos como una nube de metralla... Y entre flores, descargas y truenos de baterías, pasaron envueltos en los colores blanco y celeste, los soldados de la patria...

Y en la noche, ese mismo pueblo desfilaba emocionado bajo los arcos de luces polícromas de la Avenida de Mayo. Se veían como castillos encantados los frontispicios deslumbrantes de todos los palacios de Buenos Aires, la Casa Rosada, el Congreso Nacional, con su severa arquitectura, la estatua de la Libertad, las fuentes y jardines, la Catedral con sus enguirnaldadas columnas, la Municipalidad, el Cabildo y todos los edificios de los diarios, museos, etc.

Pasa por mi mente el lejano día 25 de Mayo de 1810 y evoco la aldea patricia, de casitas chatas, alumbrada con faroles y amada por grandes corazones, Belgrano, French, Berutti

y veo que los héroes y el pueblo de ese entonces, festejaron con la misma o tal vez más religiosidad y emoción en sus almas patrióticas, el día glorioso de ese pueblito ingenuo y bueno. Evoco el antiguo Fuerte, trepidando por las salvas de los cañonazos del baluarte (ésta era la antigua casa de los Vireyes) saludando al sol de Mayo:

"Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa nación."

Pasan desfilando los niños escolares en el año 1810. Visten de blanco con bandas celestes, llevan guirnaldas de rosas y jazmines a la estatua de la Libertad, ese símbolo de las glorias americanas que se eleva sobre su pedestal en la Plaza de Mayo.

Y cantaban a la bandera celeste y blanca, besada por las rosas que el sol de Mayo traía en sus rayos:

"Sean eternos los laureles
que supimos conseguir."

Y veo el sueño infantil que es la fiesta de entonces, de la noble aldea patricia.

Pasa en su carro triunfal adornado con trofeos y tules celestes y blancos, la niña más linda del colegio, engalanada como la estatua

de la libertad: blanca veste, gorro rojo y banda azul.

Después, vienen las danzas sobre la tarima de la plaza Victoria. Componen las niñas cuadros alegóricos, entrelazando tules blancos y celestes, para formar la bandera nacional. Luego vienen los fuegos artificiales, los globos, el palo jabonado, los rompecabezas, las calecitas y por fin la marcha triunfal por las calles de la aldea, en el carro tirado por leones de la estatua de la Libertad.



SAN MARTIN Y LOS GRANADEROS

SAN MARTIN Y LOS GRANADEROS

LA patria, a la sazón, se hallaba bajo el dominio de Fernando VII, rey de España y los ejércitos realistas se batían con los ejércitos argentinos, disputándose el dominio y posesión de América. ¿Pueden imaginarse nuestros niños de hoy, nada más glorioso y envidiable que un cuerpo de ejército formado por niños desde catorce años para arriba, como era el cuerpo de granaderos, a excepción de algunos mozos mayores?....

Pues bien; el General don José de San Martín, que en esa época llegó de Europa, donde había ido para estudiar en compañía de otros distinguidos jóvenes argentinos, fué encargado por el gobierno de formar un cuerpo de granaderos a caballo, de acuerdo con la táctica europea y ese valiente guerrero y libertador de

América formó el regimiento que se adiestraba en la Plaza del Retiro, en el arte militar, o sea



el arte de la guerra. Ya se oían las voces de mando, ya el tronar de las cargas a fondo, o el

estridente y marcial sonido de las cornetas...

Con niños y apuestos jóvenes formó ese escuadrón modelo y llenos de entusiasmo y amor patriótico se disponían, bajo las órdenes de su general y altos jefes del ejército a cruzar las altas montañas de la Cordillera de los Andes, para dar libertad a Chile, exponiendo sus vidas, pero ¿qué importa la vida cuando la patria está en peligro como lo estaba entonces la nuestra bajo el dominio extranjero?... San Martín inculcábales el hondo y santo amor que él profesaba a su amada patria, donde había nacido, a la que se sentía arraigado con profundas raíces, puesto que de esa tierra era la madre que le dió el ser, en ella había sentido el primer arrullo materno, la suave caricia del sol sobre sus tiernos ojos de infante, en ella había fortificado su alma, dándole temple de gigante.

Amaba a la patria por los seres que ella había engendrado, por la noble raza valiente y generosa de sus nativos, por los suaves colores de su bandera y de su cielo, por las doctrinas puras y vivificantes de su religión, por los ideales de su hogar, de su escuela, en fin.

En 1812 llegó San Martín en momentos de guerra y después de ejercitarse en la Plaza de

la Victoria, situaron su campamento cerca de la ciudad de Mendoza en un lugar llamado "El Plumerillo". Los niños y soldados, con los primeros toques de diana, al despuntar el sol, tras los Andes, empezaban a ejercitarse en el arte de la guerra, pues teniendo como ellos tenían el alto honor de pertenecer a un batallón del ejército libertador, era indispensable ser buenos soldados y cumplir con sus deberes. Al comenzar el año 1817, el ejército tenía que realizar la magnífica hazaña de cruzar los Andes para dar libertad a Chile. Estaba compuesto por 4.000 soldados de pelea y 1.200 milicianos (estos últimos encargados de conducir los materiales de guerra, víveres, etc. ¡Inmenso sueño, propio de héroes gigantes de la talla de San Martín y sus soldados, que estaban fortificados por el fuego sagrado del patrio amor, que el general les había infundido! Y llegó el día memorable que el ejército se debía poner en marcha, no sin haber nombrado antes la patrona del ejército que San Martín dispuso fuera la Virgen del Carmen.

El 5 de Febrero de 1817, San Martín hizo desfilar a sus soldados. Todos los cuerpos de batallones y escuadrones que componían el ejército, presentaron sus armas, redoblaron los

tambores y en el silencio profundo, los soldados oyeron las palabras llenas de emoción que San Martín les dirigió: ¡"Soldados, esta es la primera bandera que se bendice en América"! —y mientras él hacía flamear el símbolo de la patria, la bandera celeste y blanca bajo el ardiente sol de ese memorable día, prosiguió:

—"Soldados, jurad sostenerla, muriendo en su defensa como yo lo juro."

—¡Lo juramos!—respondieron a una voz y una triple descarga de fusilería a la que siguió una salva de 25 cañonazos, saludaron al símbolo de las glorias americanas. Después... la ascensión heroica a los altos picachos, coronados de nieves donde hasta entonces sólo fueron las águilas y los cóndores, ahora los escalaban San Martín con sus granaderos. Y al pie de Chacabuco se libró la batalla, que terminó en una brillante jornada de parte de los argentinos y luego la entrada triunfal y clamorosa de San Martín en Chile...

¡Gloria a los héroes eternos y que el perfume de sus laureles y el fuego sagrado de sus corazones, reine eternamente en las almas argentinas!



LA GRUTA DE LAS PERLAS

LA GRUTA DE LAS PERLAS

ESTE era un buzo que buscaba perlas en el fondo del océano. Sus ojos miraron asombrados el misterioso espectáculo que ofrecía la gruta de las perlas y el mundo hasta entonces desconocido para él, de los peces, pues era la primera vez que descendía. Había recorrido una enorme extensión de agua, encontrando en la corriente como en un sueño, grandes monstruos y peces en su extraño viaje, como fantasmas silenciosos. Una vez era un caballo marino, otra un enorme pulpo con sus tentáculos largos hasta de 25 pies y sus ojos color de agua. Otras veces se encontraba con ballenas y tiburones y con cangrejos que navegaban entre millares de pececillos de escamas brillantes como metales esmaltados, los que al pasar eran de pronto devorados por los peces mayores que nadaban cerca de ellos. To-

do este mundo submarino y extraordinario, estaba débilmente iluminado con reflejos multicolores e iridiscentes. A veces se encontraba con rocas profundas o bosquecillos de plantas acuáticas, entre las que se veían nácares y piedras tornasoladas, pero nada de esto era comparable al gran castillo o palacio encantado en que ahora se encontraba. Su extraña arquitectura hacía recordar a esas antiguas ruinas del templo del sol de los Incas.

En su interior, se veían fosos, enormes torrecillas de granito que se elevaban desde el fondo hasta la superficie del mar; corredores que de pronto terminaban en negros abismos llenos de una vegetación acuática y cristalina, excavaciones naturales en la piedra semejando rústicas escalerillas que conducían por obscuros laberintos hasta la superficie del mar y resquicios y agujeros como ventanas, por las que se veían, según la altura de las aguas, arenillas doradas sobre la piedra, plantas y todo el castillo de granito cubierto de los matices de oro y plata de todos los metales formados por los óxidos del agua. Se internó en la gruta y contempló asombrado un acuario como una inmensa vitrina de cristales, iluminada por un iris maravilloso, el violeta, el rosa, el

azul, el verde y oro se confundían como una visión de sueño. El castillo de piedra estaba en muchas partes cubierto de musgos verdes, con los suaves matices del terciopelo, había también líquenes y enredaderas, salpicadas de florecillas fosforescentes que brillaban como lucecitas azules o rojas, al ser balanceadas por las aguas. Había yerbas acuáticas como cabelleras de ondinas misteriosas y entre los resquicios de la piedra, se veían moluscos y cangrejos que armaban guerrillas descomunales por atraparse los más ricos bocados, que consisten en corpúsculos animales y vegetales que tienen en suspensión las aguas marinas para alimento de los peces, especialmente de cierta especie que está privada de los órganos de locomoción.

Recorriendo siempre, encontró en un lugar semioscuro millares de peces casi inmóviles que tenían el mismo color de la piedra a que estaban adheridos y que sólo se movían cuando el agua tranquila era revuelta por los peces que navegaban cambiando de lugar para volver a la misma inmovilidad de muerte.

En otros sitios había una extraña flora formada por arbustos de corales que parecían bosquecillos y a través de las aguas, se veían mon-

tañitas de perlas que brillaban con reflejos nacarinos. El buzo tomaba entre sus manos emocionado, el tesoro que se ocultaba en la gruta y seguía adelante en busca de otras maravillas.

Estas grutas suelen encontrarse en los mares y se denominan escollos a las partes que sobresalen de la superficie de las aguas y que han sido muchas veces un obstáculo para los navegantes, produciendo naufragios, por no ser vistos en la noche. A esta gruta bajó el buzo por medio de un cable y una vez en su fondo pudo ver los prodigios que ha formado la naturaleza, pues el océano es un mundo tan maravilloso que solamente los que han descendido a él o los grandes sabios que han estudiado su fauna, su flora, la variedad y especie de los peces que han llegado a contarse hasta miles, la composición de sus aguas, pueden darse cuenta de su grandeza. Allí se encuentran los más raros crustáceos. Los camarones son unos animalitos que junto con las algas componen el maná de los acuarios submarinos. Hay equinodermos o estrellas de mar, erizos y cohombros. Los cohombros u holoturias son unos animales en forma de gusanos de gran tamaño; este molusco es tan extraño que

arroja su estómago por la boca. Este órgano contiene una substancia obscura y viscosa que le sirve para enturbiar el agua cuando se ve en peligro de ser devorado por sus enemigos que hacen de ellos su bocado especial. Los calamares también segregan su tinta con este fin. El erizo es otro animalito astuto, pues se esconde entre la arena y se cubre con algas para cazar a los otros y para esto se sirve de sus púas. Congénere al calamar es la sepia, cuyo esqueleto pulverizado sirve para pulir metales y para preparar polvos dentífricos; en fin, hay una riquísima variedad de zoófitos, cefalópodos, etc.

Después de ver tantas cosas extrañas el buzo empezó a subir para salir a la superficie del mar, pero se perdió entre el laberinto de rocas de la caverna submarina; por fin, después de mucho andar, dió con una especie de escalerilla natural, labrada en la piedra. Empezó a subir y ya cerca de la superficie, respiró con más libertad la brisa marina, fresca y saturada de yodos y sales. Ya en la superficie, vió deslumbrado la luz clarísima del día. Una bandada de aves acuáticas voló de las torres del escollo; eran fragatas, alciones y gaviotas que se perdieron sobre el agua azul, a lo lejos.

Entonces le sucedió una cosa extraña, algo que la providencia le había reservado para mayor dicha de su alma emocionable y asombrada, pues como en un sueño, el buscador de perlas pudo contemplar en la soledad y el silencio de esa hora, a las divinidades marinas. Era Anfitrite, la diosa del océano, esposa de Neptuno y madre de Tritón, la que, magestuosa, avanzaba sobre las aguas en su carro de marfil tirado por blancos caballos marinos con riendas de oro, sus ojos despedían llamas. Las ballenas, los delfines y todos los monstruos del agua, atraídos por la música que hacían sonar los tritones en sus enormes caracoles, subieron de sus cavernas submarinas a contemplar el espectáculo grandioso que ofrecían sus divinidades. El carro parecía que volaba por sobre las aguas espumosas y detrás de él, iban millares de ninfas coronadas de flores acuáticas y sus cabelleras doradas, flotaban como algas marinas. Los céfiros desplegaban sobre el carro un manto de púrpura que ondeaba suavemente impulsado por el viento y ya en el horizonte lejano, bajaron a su morada que era la gruta de las perlas y junto con ellos desaparecieron los monstruos en el fondo del mar.

LA NIÑA QUE PROTEGIAN LAS HADAS

LA NIÑA QUE PROTEGIAN LAS HADAS

COMO todos los niños saben, las hadas son unos seres fantásticos que tienen un gran poder mágico para proteger a los niños buenos, estudiosos y obedientes, por esto no os extrañe, mis amados lectorcitos, que Baby, esta dulce niñita de mi cuento, fuera tan beneficiada por ellas.

Bueno, pues. Sucedió que un buen día esta nenita tan blanca, rubia y buenita como el niño Dios, rogó a su hada que le trajera una muñeca, pero como tenía muchas muñecas rubias y de ojos celestes, deseaba le trajera una negra con motita y ojos renegridos, de piel negra y lustrosa y si fuera posible, que hablara media lengua como todos los negros, por ejemplo, que en vez de decir: Señorita Baby, le dijera: "señolita" o "su melcé" y como eso, todo, para que pareciera "de veras".

Bien. Baby sintió un profundo sueño y entre una nube rosa, en el aire, apareció el hada. Posaba sobre la nube como un ángel y de una estrellita azul que brillaba en su frente, caían, envolviéndola, tules de todos los colores del arco iris.

—He oído tu ruego, mi buena Baby, —le dijo el hada— voy a complacerte. Te voy a mandar una muñeca negra como deseas, pero has de ser buena, obediente y estudiosa como siempre. La muñeca te obedecerá y jugará contigo.

—¿Pero hablará, caminará y comerá como si fuera de carne? —preguntó extasiada y llena de dicha Baby.

—Sí, hablará y caminará y hasta la voy a dotar de sentimientos, es decir —agregó el hada, para que la niña la comprendiera:

—Si la tratas bien, como es humano que lo hagas, reirá y hasta cantará, pero, si la tratas mal, lo que no creo que hagas con ella, llorará y entonces perderás tu juguete, —dijo el hada y desapareció.

—Baby sintió una cosa extraña, como si hubiera descendido del aire y se posara suavemente sobre la tierra. Se despertó llena de

alegría y se encontró sentada en el jardín de su casa.

Sobre un banco había una caja de cartón nuevita, de la juguetería, la tomó en sus mani-



tas temblorosas de emoción y llena de curiosidad: ¿qué será? ¿qué no será?...

Desató el hilo plateado que tenía, destapó con cuidado la cajita... y ¡oh sorpresa!... de entre el acolchado de paja nueva, saltó de un brinco una preciosa negrita. ¡Cómo reía y qué labios gruesos y rojos tenía!... En el acto se puso a bailar una danza de negros, acompañándose con canciones en su media lengua, al redoble del tamborcillo que tenía... ¡un

encanto la negrita! Sobre su esponjada motita lucía un gran moño rojo y en sus orejitas, argollas de oro; cuando sonreía mostraba una hilera de dientes como mazamorra. Después que bailó, le preguntó Baby qué más sabía hacer. La negrita le contestó que sabía hacer pastelitos con miel de caña, buñuelos espolvoreados con azúcar y alfajores con dulce de leche y grajeas.

Se quedó pensativa Baby y pensó que invocando al hada, tal vez pudiera conseguir algunas golosinas y dulces finos y sonreía mientras se le hacía agua la boca. Después de un breve descanso, siguió bailando la negrita su candombe, al compás de su tambor, pero todo esto era por la virtud de las hadas. Ahora, en adelante, tendría que bailar por medio del mecanismo y la cuerda que le diera Baby, así lo hizo la niñita y al terminar la cuerda, como era de juguete la negrita, se paró automáticamente. Volvió Baby a dar vuelta la llavecita de cuerda que tenía en la espalda la negrita y comenzó nuevamente el repertorio, pero la niña estaba no solamente preocupada por los dulces (pues era muy golosa como casi todos los niños) sino que ya el repertorio de la negrita la había cansado. Todo lo leía el hada de

Baby en su pensamiento, así es que hizo dormir a la niñita y apareciéndose nuevamente le dijo:

—¿Estás cansada de tus juguetes y deseas dulces, no?

—Sí, mi buena hada, desearía comer unos pastelitos con miel o unos buñuelos con azúcar y pasitas de uva, de esos que hace la negrita —agregando— pero mi buena hadita, yo te pido perdón por lo inconstante que soy.

—Sí, la inconstancia es un defecto y la poca conformidad también, pero como eres muy chiquita te perdono de corazón, porque yo te quiero muchísimo como a todos los niños, pero estos consejos son necesarios para que aprendan a conformarse y a ser buenos.

—¿Quieres entonces comer golosinas?

—Sí, desearía ver un país todo de cosas ricas.

Estaban en el campo Baby y el hada y ésta dijo a la niña:

—¿Ves ese paisaje?

—Sí, mi buena hada.

—¿Y esas montañas y las flores que balancea el viento, como los verdes sauces en la orilla de aquel arroyito, de agua clarita como un cristal y esos bosques y las aves, las ovejas y

vacas que pastan en el campo?... ¿y las casitas en los valles, las ves?

—Sí, mi buena hada.

—Bueno, todo ese paisaje natural lo vas a ver convertido por mi varita de virtud, en un país maravilloso —dijo el hada y desapareció.

Entonces vió Baby que los árboles de los bosques eran de caramelos cristalinos de todos colores, lo mismo sus frutos y entre ellos, había millares de pajaritos de chocolate y azúcar pintada y brillante. Todo era en miniatura como un país enano. Las casitas eran de turrón y los techos de teja de jalea de membrillo muy transparente, las montañitas eran de alfajores con miel de caña y buñuelos con pasitas y las ovejitas y vaquitas muy sabrosas de masas con crema y dulce de leche.

La niña probó con su dedito índice de todo un poco, pero al fin le repugnaba tanto dulce y la entristecía la inmovilidad de esa naturaleza. Sintió deseos de jugar, oír ruidos, tomar aire, ver correr el agua y balar corderitos "de veras".. pero ¿qué hacer?... no se enojaría el hada?... y pensando estaba en esto cuando oyó un ruidito y apareció el hada.

—¿Cuál país te gusta más, el que hizo la naturaleza o el que hice yo?

—El otro, —dijo la nena— allá había aire y sol, las vaquitas se movían y los árboles también y aquí no.

—Sí, comprendo lo que no sabes explicar, pero yo te diré:

—Las cosas todas del Universo están hechas en la forma más conveniente y sabía, puesto que están hechas por Dios, que es la Sabiduría por Excelencia. Todos los deseos fantásticos como los que tú has tenido, son cosas que están contra lo natural.

—Puedes desear tomar unos dulces o masitas, es justo porque eres pequeña, pero desear un país todo de dulces, por lo tanto sin vida natural, no puede ser nunca como la naturaleza real. Lo mismo una muñeca o un juguete cualquiera, que se mueva automáticamente, no se puede comparar nunca con un juguete de veras que tanto puede ser un nene, una nenita, un pájaro, un perrito o un gatito.

—¿Ahora extrañas tu muñequita negra, no?

—Sí, pero ella también me había cansado algo.

—Bueno, voy a mandarte el mejor juguetito del mundo, —dijo la bondadosa hada, y desapareció. Y en ese mismo instante apareció el juguete más adorable del mundo, es decir, un

juguete de "carne y hueso" como Baby, pero no blanca y de ojos azules y cabello de oro, sino una preciosa negrita auténtica, que reía y lloraba, que bailaba y cantaba, según el caso.

Baby se dedicó a cuidarla y fueron grandes amiguitas, le fabricaba vestiditos, collares y zapatitos de raso con escarapelas. Jugaban a las visitas, iban juntas a la escuela, etc.

Y el hada la convenció de que los niños son los mejores juguetes del mundo, porque son "de veras" y que además tienen la ventaja de no romperse, aunque se caigan, hasta que tatita Dios no manda.

VALENTIN "EL PAYASO"

VALENTIN "EL PAYASO"

HAN concluído los meses de vacaciones y los niños más dispuestos a estudiar, después de haberse tostado un poco con el sol, vienen más fuertes, habiendo disfrutado del cariño de los padres y del aire puro y oxigenado del campo. Algunos vienen de los alrededores de Buenos Aires, de esos pueblitos tan pintorescos y alegres, como Lomas de Zamora, Olivos, El Tigre, Temperley, etc., con su edificación moderna compuesta casi en su totalidad por chalets de estilo holandés o suizo, entre esas calles silenciosas y bordeadas de plátanos con sus jardines ingleses como de juguete, que se destacan entre las vetustas quintas, ocultas entre los montes de pinos y eucaliptos de arquitectura colonial, algunas cubiertas de enredaderas de glicinas, otras de jaz-

mines del país y rosas trepadoras. Otros niños vienen desde más lejanos lugares: las sierras de Tandil, o Mendoza y algunos de los balnearios: Mar del Plata, Necochea o Pocitos.

En la escuela hay como un rumor de fábrica y gorjeos de pájaros. Entran los niños en grupos entusiastas, con sus carteras de cuero en la espalda y sus gorras inglesas en la mano, y las niñas con sus blancos guardapolvos, grandes sombreros y entre las correas de cuero, sus cuadernos y libros de Historia, Geografía, Aritmética y grandes ramos de flores "para la Señorita". Ya hablan de trabajos manuales, dibujos, mapas, bordados, tejidos, etc. Suena la campana, un silencio profundo sucede al estruendo del recreo, se oye uno que otro murmullo, una frase a media voz, pasan revista del aseo personal, forman de a dos en fondo y marchan a las clases. Valentín es el más desaplicado y desobediente, es el payaso de su grado, pero aparte de esto es muy bueno, tiene un corazoncito de oro. Cuando hay cuestiones de muchachos, él siempre sale en defensa del más débil, o del que lleva la peor parte y reparte a derecha e izquierda, trompis y puntapiés, si llega el caso, pero él resuelve

el asunto a su modo, y si tiene algún juguete o golosina lo reparte entre los más pequeñitos. No estudia porque es un poquito rudo, no porque no le guste, porque su cerebro es algo oscuro. Es desobediente, pero no por maldad, sino porque tiene un temperamento revoltoso, ¡pobrecito! él hace esfuerzos por cumplir las órdenes que le dan sus profesores, pero no puede... ¡es tan inquieto!... y sus nervios están siempre en ebullición. Es payaso, porque aunque de repente y cuando menos lo espera, se ve remolcado con fuerza de la oreja para ir a parar tras del pizarrón, cara a la pared; le gusta tanto hacer reír a los otros y que se diviertan con sus payasadas a costa de sus orejas... ¡y quién lo ve, como hace de pucheros y qué cara afligida y colorada pone y qué miradas llenas de aflicción le echa al profesor, como pidiéndole perdón por amor de Dios!... ¡y su orejita ardiente y roja y dolorida, qué pena da!... El, remeda a Mario su renguera, con una comicidad de artista y dice al compás cuando camina: éste es Mario.

En la clase de matemáticas, mientras el profesor explica un problema de geometría o aritmética y los niños piensan en resolverlo con gran aplicación, él, ¡pobrecito! después de tor-

turarse el cerebro y convencerse que es inútil, que no va a dar con la tecla, ni al revés ni al derecho,, comienza a fabricar y a tirar a escondidas del profesor, las flechitas de plumas usadas, en las cabezas de los otros, con una puntería profesional. Y cuando su profesor le pregunta con su voz grave como un trueno:

—¿Cuánto es 8 x 7 ó 6 x 9? —él contesta rápidamente y sin molestarse en pensar: (sería lo mismo y él sabe) 35 ó 36, etc. Se oyen risas sofocadas y él, todo colorado, mira al profesor que sonríe con bondad, con sus ojos llenos de aflicción, como pidiéndole que lo perdone por amor de Dios. Y se sienta a preparar (como si fuera una gran obligación) las flechitas voladoras que desde su banco como una batería, funciona frente al enemigo.

—Valentín se queda a estudiar las tablas (como siempre) —le dice el profesor, al sonar la campana del recreo. Se pone en pie la clase, marchan los niños de a dos en fondo y salen. El mira al maestro con los ojos afligidos para ver si lo perdona, pero, al darse cuenta que es inútil, comienza a preparar bolas de papel con las hojas arrugadas y llenas de monigotes y manchas de tinta de sus cuadernos, para desde su trinchera que es el banco, librar una furio-

sa batalla con los chicos del recreto y a los cuatro vientos.

En los grandes patios de mosaicos, bajo los añosos naranjos y las magnolias, cantan las niñas y los varones juegan a la pelota que tan pronto rueda a las clases, tras los pupitres, el pizarrón o las bibliotecas, como va a estamparse en el ojo de algún niño con gran algarabía de los jugadores.

Valentín, cansado de jugar, ha terminado por quedarse dormido sobre el banco. Entonces entra Mario el rengo, a quien él le hace burla, saca tinta del tintero de loza incrustado en el pupitre y le embadurna la nariz. Valentín se despierta y se encuentra entre un círculo de chiquilines que señalan su negra nariz y se ríen de él a gritos, y dan saltos y volteretas...

—¿Quién fué?

—¡Fué éste!

—¡No es cierto, fué Mario, el rengo!

Y no hubo nada más que un entrevero, corridas, risas, dos muchachos entre el círculo de los otros, con el pelo alborotado, las caras rojas y los guardapolvos ajados por la lucha. Y el profesor que acudió, el desbande de los otros y Mario el rengo y Valentín, el payaso

revolucionario a la Dirección tras el profesor...

Sigue en el recreo la gritería de los niños y cantos de las niñas y en los jardines, unos en las barras, otros en los trapecios parecen acróbatas consumados, o monitos, por la agilidad con que saltan y se mueven en el aire. Y a todo esto, el director que ha venido llamado por el profesor, les da primero un sermón, a Mario y a Valentín, de padre y señor mío y luego entre muy lindas cosas les dice: "Que el estudio, es decir, la ilustración, es el arma defensiva para luchar y vencer en la batalla de la vida. Que la Escuela es el progreso porque sin ella la humanidad retrocedería a la época salvaje, porque la civilización y la cultura es tan necesaria al alma, o al espíritu como el alimento al cuerpo. Los niños que trabajan y estudian en las escuelas de hoy, son la esperanza y el porvenir de mañana y los futuros soldados de la patria.

—Ustedes —les dice— están perdiendo con su mal comportamiento y poca aplicación al estudio, un tiempo precioso. El obrero que después de su trabajo en las fábricas, en el laboratorio o en el taller, sacrifica sus horas de descanso en el estudio para ilustrarse, es

un héroe digno de la mayor consideración y respeto porque es un buen elemento para el porvenir y ustedes deben imitar a esos seres y seguir su ejemplo para ser felices y contribuir con su ayuda al bien de la sociedad.

El padre de la patria, Don José de San Martín, amaba tanto el estudio y la cultura que cuando el Cabildo de Santiago después de su campaña libertadora y de dar la Independencia a Chile, le donó para sus gastos personales la suma de 10.000 onzas de oro, en recompensa de sus actos heroicos por emancipar a Chile del poder de Fernando VII, este glorioso general y benefactor de la patria argentina, demostrando una vez más la grandeza de su alma y el amor que sentía por la cultura de los pueblos de América, destinó ese dinero para la creación de una Biblioteca, renunciando al provecho en su favor y en la nota que elevó al Cabildo decía lo siguiente:

"La ilustración y fomento de las letras, es la llave maestra que abre las puertas a la abundancia y hace felices a los pueblos. Yo quiero que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres."

—Y a propósito, pasando a otro hecho, dijo el director:

—¿Ustedes no han visto a ese hombre andrajoso y sucio que pide limosna en las calles y duerme entre los portales, sobre los mármoles de los palacios, o en el Muelle, entre los barcos?

—Sí, señor, lo hemos visto —dijeron a una voz los niños.

—Bien. Ese pobre ser, fué en su niñez, un discípulo mío, sus hermanos son personas decentes que viven en la abundancia y rodeados de la consideración de toda la sociedad de Buenos Aires. Cuando niños, estudiaron y trabajaron para formarse esa posición brillante de que hoy disfrutan y son felices ellos y hacen felices a todos los que los rodean, mientras ese pobre miserable que hoy arrastra una existencia dura y llena de privaciones, cuando era niño, nunca sus padres pudieron conseguir que trabajara, ni que fuera a la escuela, siempre hacía "la rabona", andaba con los pilletes vagando en el Puerto y hurtando a los vendedores ambulantes, remedaban y cascoteaban a los turcos, y el vigilante a cada dos por tres los tenía que llevar a la Comisaría. Tenía la cara y manos siempre sucias, desgreñado el pelo y sobre los ojos, las uñas "de luto". Cuando no peleaba con los pilletes, jugaba a los co-

bres y así siempre y ahí tienen ustedes el ejemplo palpable de un niño, que no quiere estudiar ni trabajar lo que le espera en su porvenir. Es una sombra de dolor el pobre, hasta que Dios diga basta.

—Ahora espero que se portarán bien y serán estudiosos y aplicados —dijo el director.

—¡Yo juro desde hoy, ser el más aplicado y obediente de la clase! —dijo Valentín el payaso.

—Yo también, señor —dijo Mario el rengo y salieron muy dispuestos a cumplir con sus deberes de soldados del porvenir y de la patria.



LAS HAZAÑAS DE MANDINGA

LAS HAZAÑAS DE MANDINGA

ESPERANDO que se dorara el jugoso costillar de carnero, tomaban mate alrededor del fogón los hijos del capataz de la estancia "Los aromos", con el viejo peón don Toribio.

—Que nos cuente un cuento el viejo —dijo Nemesio, y los tres peoncitos repitieron:

—¡Sí, que nos cuente un cuento don Toribio!...

—Sirvasé otro matecito, viejo, pero ya sabe, a condición de que cuente uno de esos cuentos de ánimas que tanto me gustan —insistió Nemesio.

—¡No!... —gritó Ciriaco, el menor y el más haragán y agregó— que cuente los de Mandinga o de los reseros de la Pampa.

—No les haga juicio, don Toribio —intervi-

no Gumersindo— y cuente lo que a usté le dé la gana, todos son lindos al fin, sean de Mandinga o de ánimas en pena, de reseros o de brujas.

El viejo peón, por toda contestación, se limitó a echar una bocanada de humo, del cigarro de chala que tenía entre sus labios, sacudió la ceniza con la uña del dedo meñique, se ensimismó en sus pensamientos y después de cavilar un rato, comenzó diciendo:

—"Risulta que hace una punta de años, había en la Pampa un pobre gaucho, conocido con el apelativo de Moyano, es decir, se yamaba don Anacleto Moyano. Era el capataz de la estancia "Los caranchos", situada sobre una loma y a la oriya de un arroyito cantor. Güeno, como les iba contando, don Moyano tenía tres hijos, a cual más desobediente y malmandao.

—De siguro como este maula —dijo Nemesio por Ciriaco.

—Dejate embromar, ¿querés?

—Callesén que se nos va'nojar don Toribio y no nos va contar nada entuavía — dijo Gumersindo.

—¿Y diái?... si no se dejan de hacer buya, no sigo.

—Diga no más, que ya nos cayamos.

—Güeno, risulta que era una noche de invierno y hacía un frío de mi flor. El capataz don Moyano con sus hijos, habían salido a jun-



tar rodeo y ya habían encerrao la majada en el corral, cuando comenzaron a dar güeltas como mulas e'noria alrededor del campo, alejándose cada vez más sin poder dar con las casas, pues estaban como abombaos y perdidos y desorientaos, cuando de un redepente, de entre un pajonal, salió un silbido seguido

de un relincho como una carcajada de fiera y se les yeló la sangre en las venas... ¡si parecía de Mandinga!...

El capataz y sus hijos quedaron asombraos, pero como güenos gauchos y de consiguiente bravos, recobrándose, ái no más, desenvainaron los facones y arroyándose en la zurda los ponchos, esperaron al que juera.

Una cerrazón azulada como un poncho de cenizas, cubrió todo, y las estreyitas que parecían de estaño en el cielo, jueron desapareciendo. Como estaba tan escuro, los gauchos comenzaron a caminar a tientas y en esto estaban cuando en el silencio de la noche, se oyó clarito, el galopiar de un cabayo que se acercaba... volaba más que corría el animal por el campo y lo más raro es que no devizándose nada por la cerrazón que se había estendido, tapando todo, el cabayo y su jinete se devizaban a lo lejos como si jueran de fuego. Ya avanzaba dejando atrás leguas y más leguas pampas, corría por los fachinales, bandeaba los arroyos de barro blanco, atravesaba los arenales pesados, cruzaba como bala los montes yenitos de bichos bravos y espinas como puñales, cortaba campos de abrojales, subía lomas y todo con la mayor facilidá

El capataz don Moyano y sus hijos, que estaban aguardando al forastero, asombraos y con los facones preparaos, al yegar el gaucho y rayar el pingo, se apresuraron a saludarlo y le dijieron:



—¡Ave María!...

—¡Ave María! — contestó el jinete, de mala manera (siguro porque lo comprometieron a nombrar a la Virgen), pero viendo los otros que trataban con un rico hacendao por las pilchas y la laya del desconocido, ái no más envainaron los facones. Este gaucho era de linda preciencia y bien plantao y el potro que montaba, renegrido, encandilaba de puro brijo. Se pusieron a mirar al forastero de arriba

abajo y vieron que lucía muy lindas priendas: rico chiripá a listones, blusa con firuletes bordaos, pañuelo volador de seda colorada en el pescuezo, poncho de vicuña, botas de potro y todos los aperos adornaos con pura platá, como el facón y la vaina... ¡ah! el chapiao que hacía sonar en la cintura también era de oro y plata. Los ojos le rebriyaban como rejucilos bajo el aludo chambergo y no sé por qué a eyos se les hacía que había e ser, como buen gaucho, valiente y generoso.

—¿Vienen con alguna tropa? — les preguntó el paisano.

—No, — contestaron los cuatro a una voz.

—¿Y qué diablos andan haciendo por estos pagos?

—Yo soy el capataz de la estancia "Los caranchos", — dijo don Moyano, — y estos son mis hijos; andábamos repuntando la majada y áura nos íbamos a dir payá.

—¡Ja ja!, — riyóse el otro — pa yegar a "Los caranchos" tienen que galopiarse unas cuantas leguas. Estos son mis campos; ¿ven ayí cerca 'e la laguna brava? ¿al lao d'esos médanos?, bueno, ayí son las casas. Yo soy el propietario pa servirlos. Si quieren hacer noche aquí, pueden seguirme al trotecito nomás.

Y en eso, la distancia que era de leguas y leguas se comenzó a cortar sin eyos haberse movido, y luego, con gran asombramiento, vieron que de un redepente, ya estaban en las casas...

Sobre una lomita verde, como les iba contando, entre un perfumado trebolar y a la oriya de un arroyito cantor, apareció una fila e'ranchos nuevos, de barro encalaos, con techos de paja brava, bajo unos ombúes copudos y yenos de pajaritos que trinaban como si juera de día y mismamente parecía que ansina juera, porque de un redepente se encendió una luz azul que encandilaba y como si juera de día. Entonces comenzaron a mirar a su antojo la estancia del gaucho. Sobre la gramiya verde, como con un tul morao encima, se vían pastoriar las haciendas, había ovejas muy lanudas y corderitos que retozaban entre los cardos azules y las margaritas coloradas; había toros finos y muy bravos y vacas y noviyos mestizos, cabayadas y tropiyas de yeguas. Cuando yegaron a la tranquera, vieron que se abría sola y como de milagro ¡las hazañas del muy!... güeno, como les iba contando, dentraron, y ái nomás los atropeyaron unos perrazos guardianes, luego comenzaron a husmearlo todo, más asombráos que enojáos, pero

de vicio y por costumbre los toriaban a cual más juerte, sin dar resueyo a las visitas, pero a una señal del patrón se dentraron con la cola entre las piernas.

Güeno, como les iba contando, el propietario les dijo:

—Pueden desensiyar nomás y (esto se lo dijo a don Moyano solo): a sus hijos yo los voy arreglar, yo los traigo aquí pa darles una lisión. Sé que son unos maulas y haraganes y que usté no puede corregirlos... ¡pues yo los voy hacer domar como a mis baguales!...

—Así es don... — contestó agatas el capataz, sin voluntá, pues parecía que este señor lo dominaba por completo.

—A ver vos — le dijo a Rudecindo — ¿sabés pialar?

—No, patrón...

—¿Y trenzar un lazo?

—¿Cómo 'e de saber?

—¿Y arriar una tropiya?

—¿Déande?...

—¡Buenos mozos mandrias son éstos! Pero sabés jugar a la taba y al truco y tenés habilidá pa señalar con tu marca la hacienda ajena, no?

—¿Sos baquiano pa boliar avestruces?

—Yo sí — dijo don Moyano. Pero no acabó de hablar cuando un estruendo los hizo temblar a todos, les corrió un frío como escarcha a contrapelo por el lomo y se pusieron blancos como el yelo de puro chucho, porque al forastero, de un redepente, se le cambió la cara que parecía... ¡qué cara!... ¡ánimas benditas!"

—¿De Mandinga?... ¿de calavera?... —preguntaron temblando los mozos.

—Pior... era una cara que ni un dijunto resucitao que juera.

Se hizo un silencio lleno de temores y presentimientos negros.

—"Güeno, como les iba contando, de seguida, y entre un humazo con olor azufre salió un avestruz grandote que se acercaba y ya no se vía más al forastero... y diái, el capataz don Moyano, montó en su pingo y le tiró las boliadoras, pero le erró el tiro y diái agarraron como dos jurias corriendo como rejucillos campo ajuera y siempre tirando las boliadoras pá boliar el avestruz maldito y siempre errándole el tiro... y dicen las malas lenguas que jué corriendo a este avestruz o Mandinga que se perdió ante los ojos de don Moyano el capataz de la estancia "Los caranchos", la estancia del propietario con sus hijos, los maulas.

Cuando el padre de los mozos y el avestruz desaparecieron, Rudecindo se jué a recorrer la estancia, encontró en un puesto cercano, a un viejo con laya e brujo arisco. Este le preguntó qué se le ofrecía, riyéndose con una risita picadora, porque maleciaba lo que a este pobre le pasaba.

—¿Te trujo el patrón? — le preguntó.

—Sí.

—¿Sos baquiano pá trabajar en el campo?

—Sí, — contestó éste, mintiendo y con un poco de verguenza. Entonces el viejo le dijo:

—¡Vamos a ver! Aquí sós, desde hoy, el encargado de repuntar y guardar las tropiyas en los corrales, de cortar pasto en el alfalfar y acarriarlo en el carro, de desgranar el máiz y darle a los animales y de todo lo que te mande hacer. Yo soy el capataz y desde hoy vos y tus hermanos están bajo mis órdenes, áura andá a trabajar nomás.

Ya iba el viejo a dar órdenes a los otros hermanos, cuando vió que ellos venían donde él; entonces preguntó a Paulo:

—¿Sós baquiano pa enlazar?

—Así, regularcito, patrón:

—¿Sabés echar un pial?

—Alguna vez he pialao.

—¿Sabés arriar una tropa?

—Alguna vez he arriao.

—¿Sos baquiano pa trenzar un lazo?

—Así nomás.

—¿Y estaquiarte un cuero?

—¿D'ande?

Güenos gauchos maulas son éstos —dijo, y haciendo una señal a Rudecindo que cortaba pasto se hizo seguir al potrero. Ayá estaba toda la peonada y se oían los rebencazos sobre el lomo 'e los potros y el ruido de los que voltiaban, pialaos.

Al devizar el nuevo pioncito, todos se sonriyeron porque maliciaban y el mozo Rudecindo todo abatatao esperaba las órdenes del viejo capataz. Le mandó que montara un potro que pa colmo era bagual; cuando apenitas le rosó el lomo se encabritó y cuando lo montó el mozo, comenzó a dar relinchos y bufidos pataliando en el aire, tirando coces y parándose en dos patas, manotiando como una fiera enjurecida y de un redepente salió como un rejucilo campo ajuera el muy!...

¿Y cómo acabó? Dando un corcobo tremendo, lo hizo saltar limpito por el cogote al pobre, que quedó dando alaridos de dolor, mien-

tras los mozos se retorcían riyéndose del pobre maula.

Andá aurita al alfalfar, le dijo el capataz, y dijo al otro:

—A ver Paulo, ¡monte ese potro, amigazo!... Montó el pobre y ái nomás comenzó el bagual a dar gueltas y a escarbar la tierra con una juria... salió como una luz con los ojos briyantes y salido 'e las jórgitas y ya en el campo, dió el brinco seco en el aire espantao y el "domador" pasó como bala sobre las parvas de pasto pa quedarse tendido con el lomo y las costiyas que era un dolor el pobre!... Pero el capataz lo hacía adrede, pues tenía que castigarlos por haraganes. Así se lo dijo al patrón y es de no crer, pero estos porrazos le sirvieron de lisión tanto a eyos como al otro hermano que también tuvo su merecido; ¡y es al ñudo! ¡con los golpes se apriende!, eyos se hicieron baquianos pa todos los trabajos del campo y lo más raro es que no podían estar sin hacer algo, tan pronto se les vía en la triya, como en la yerra, ya tusando las yeguas, o cortando el pasto y emparvándolo, desoyaban los animales muertos, estaquiaban el cuero y hacían guascas, se iban al tambo de madrugada y ordeñaban las vacas, yenando una punta

e tarros y baldes de leche gorda y espumosa. Curaban la sarna a las ovejas, todo hacían, pero entuavía no se animaban a domar los pobres. Pasaron muchos años y la estancia prosperaba, había montes de peras, ciruelas, guindas y duraznos rosados que era un primor.

Una noche salieron arriando una tropa de diez mil cabezas pa la otra estancia que en los confines 'e la Pampa tenía el patrón, iban con el capataz. Era un silencio projundo y en el campo sólo se oía el cencerro e la yegua madrina que iba adelante y el ruido 'e la tropa que a ratos iba al trote y otros ratos al paso. Por el cielo negro, volaban lechuzas o algunas bandadas de teru-terus que anunciaban la tormenta, a veces vían la "luz mala"... Persinándose, les decía el capataz que sería tal vez el ánima de algún matrero que andaría penando en muerte como cuando juía en vida de los melicos, el pobre... otras veces vían unos chimangos que despedazaban alguna res o a lo mejor un cristiano que se podría entre los pajonales y así... seguían sin más luz que las estreyas que parecían de estaño por la cerrazón.

Güeno, dicen que una noche yegaron a la estancia nueva y los recibió una vieja con laya

e bruja y bien mirao tenía que ser ansina nomás, güeno, los hizo pasar, los convidó con unos cimarrones tan amargos como yel, les echó yerba embrujada y al istante comenzaron a cabeciar, hasta quedarse projundamente dormidos. ¿Saben entonces lo que sucedió? Ai nomás, dentro de una humareda azul con rayos de fuego apareció el patrón... igual que cuando se golvió avestruz y se juyó con el padre de eyos. Entonces los yebó a recorrer la estancia nueva, pero a eyos se les hacía que era la mesma que habían vivido eyos tantos años. Jueron puestos a prueba y le presentaron un potro a Paulo, éste lo enlazó del primer tiro; deseguida salieron campo ajuera jinete y bagual y dándole de lo lindo con el talero, después de una lucha bárbara, lo trujo mansito como un cordero; güeno, ese mismo bagual se golvió avestruz y le tocó boliarlo a Rudecindo y éste, en el ato, lo dejó tendido y maniatao. Al final le tocó en suerte al otro, que también se lució. Güeno, entonces el gaucho que era muy letrao les dijo que en prienda de su conduta y güena disposición pa todo trabajo, les regalaba esa estancia que era un primor pa que vivieran y la hicieran prosperar. Que esto lo hacía porque vía que eran trabajadores y

honráos como guenos gauchos 'e la Pampa y que eyos, como tuitos los gauchos argentinos serían el orguyo el alma e la Pampa y que en eyos se perpetuaría la raza del hombre juerte y valiente y una punta e cosas desta laya que yo no puedo ricordar. Entonces se abrió en un trueno tremendo la tierra, salió juego, humo y un olor a misto que apestaba y en ese abismo, como un jagüel de negro, se perdió pa siempre Mandinga...

—¿Era Mandinga?

—¡Mesmo!...

—¡Cruz diablo! — dijeron los mozos rodando entreveraos por el suelo y no era pa menos, si le habían visto la laya a Mandinga, debatiéndose jurioso entre las yamas del infierno... ¡y qué cara!... ¡y qué pezuñas y rabo y cuernos y todo el cuerpo peludo como un animal y los rejucilos de sus ojos, echaban chispas, que era un horror! En eso apareció como cáido del cielo el pobre viejo, el padre de eyos.

—La bendición, Tata, — dijeron los mozos, cáindo al suelo, arrodiyáos y contritos.

—Dios me los bendiga, hijitos — dijo el viejo que estaba blanco de susto y con tremendos lagrimones que le temblaban en los ojos y la cabeza como una escarcha por los años.

—¿Y Mandinga?

—Se iría al infierno, pero algunas veces ha de andar castigando a los matreros que saben tener su guarida entre los pajonales de la Pampa.

—¿Y don Moyano... después?

—Se quedaron unidos pa siempre el padre y los hijos güenos en un projundo abrazo".



LA CASITA ENCANTADA

LA CASITA ENCANTADA

ESTOS eran dos hermanitos muy traviesos y desobedientes, llamados Fernando y Amalia. Cuando la mamá se descuidaba, faltaban a clase, si los mandada a la Doctrina Cristiana, se iban a jugar a la plaza, o al campo y sí por el estilo, en todo. Un Domingo que la madre después de lavarlos bien a los dos, de peinar al niño y ponerle un moño de cinta de seda rosa a la niñita y pasarle el cisne perfumado por su rostro, los mandó a la Iglesia para que oyeran misa, Fernando dijo a su hermanita Amalia que a él le parecía mejor ir de paseo por los alrededores de la ciudad. Amalia, que en diabluras, picardías y otras hierbas tiraba parejas con su hermanito, accedió muy gustosa a la invitación y a sus anchas, salieron a rondar por las quintas. Cuando veían ramas

de duraznos o de damascos, se encaramaban en lo que hubiera, destrozándose las ropas y arañándose sus tiernas manitas en púas de alambres y en espinas de rosales; se metían entre los cercos de madreselvas y arrancaban las flores, rompiendo los gajos que era un dolor, y ya Amalia componía ramilletes, mientras Fernando sacaba los huevitos de los nidos que los pajaritos tenían entre las verdes ramas de los sauces. Llegaron a un campito muy florido de trébol y a su orilla había una lagunita y como estaban cansados se sentaron sobre el pasto, pero no tardaron en quedarse profundamente dormidos. Entonces tuvieron un sueño muy extraño y lo más original del caso, fué que una vez despiertos, comprobaron que los dos habían visto las mismas cosas y oído las mismas palabras, que un venerable anciano muy bondadoso que tenía una barba larga y muy blanca y que caminaba a pasitos lentos y apoyaba su encorvado cuerpo sobre un bastón de marfil, les había dicho. Así es que cuando se despertaron, se lavaron la cara con el agua fresca de la lagunita y siguieron caminando por la ancha calle de árboles llenos de pájaros cantores.

Después de andar muchas cuadras fuera de

las últimas quintas, vieron a lo lejos una casita blanca, que como un nido de paja entre un verde ombú, se ocultaba en un monte espeso; siguieron esa dirección y cuando estuvieron cerca, vieron que había una huerta y



un jardín lleno de margaritas, rosas y otras flores, todas de singular blancura y resplandor y entre ellas, andaba el anciano que habían visto en su raro sueño. El anciano arrojaba granitos de maíz a las palomas que bajaban en ligeros vuelos del techo de paja de la humilde choza y después de picotear el maíz se dispersaban unas por el jardín y otras se entraban dando saltitos sobre el piso de tierra de la choza blanca.

—¿Qué andan haciendo por estos lugares tan solitarios y lejanos, hijitos míos? — díjoles con suave y reposada voz el noble anciano.

—Andamos juntando flores y fruta para mamá, que ella nos mandó — contestó Fernando.

—¿Tienen mamá y papá?

—Sí, señor, gracias a Dios, —contestó prestamente Amalia.

—¿Y van a la escuela?

—Sí, señor, y hacemos todos los deberes.

—¿Y se portan bien?

—Sí, —contestó Amalia—, y siempre sacamos altas clasificaciones...

—¿Y van a la glesia?

—Sí, vamos siempre y especialmente los domingos...

—¿Y cumplen con los mandamientos de la ley de Dios?

—Sí, señor.

—¿Quieren tomar algo?

—Bueno, —dijo el niño—, porque tenemos apetito y estamos muy cansados.

—Pasen, —invitó el viejito y tras él entraron Fernando y Amalia a la choza. El anciano los hizo sentar alrededor de una rústica mesita, en unos bancos tallados, en unos troncos de añosos árboles y luego les dió pan fresquito con miel y leche espumosa y tibiecita servida

en vasos de tosca corteza de madera, luego les dijo con suave y reposada voz:

—Yo sé todo lo que han hecho ustedes, mis queridos hijitos, y es inútil que quieran engañarme. Hoy no han ido a misa desobedeciendo la orden de su pobre mamá.

Los niños se pusieron rojos de vergüenza y sin contestar nada agacharon la cabeza haciendo pucheros con ganas de llorar.

Entonces el anciano, indicando un lugar dentro de la choza, les dijo, lleno su acento de severidad:

—Miren allí, ¿ven?

Al mirar donde señalaba el anciano, los niños empezaron a palidecer y confundidos comenzaron a temblar tan fuertemente que sus cuerpecitos se sacudían como en una convulsión, mientras sus dientecitos castañeteaban por el frío que sentían, tal era el miedo.

¿Y qué veían?... ¡oh! ¡qué horror!

Veían algo que los niños no se podrán imaginar, algo que no creerán, y, sin embargo, es lo más lógico y seguro que a una niña o a un niño malo le pueda suceder y es lo siguiente:

La casita blanca se había obscurecido de repente como si una negra tormenta se avecinara. Era tan negro todo que, envueltos en ti-

nieblas, no se veían unos a otros, dando la sensación de encontrarse en un profundo pozo.

De repente, relámpagos como de fuego cortaban las tinieblas y unos chacalillos feroces aparecían entre las cuevas del piso, mientras en el aire y a la luz brillante y fugaz de los relámpagos, se veían cruzar en horrible confusión las serpientes voladoras.

Un relámpago más vivo y fugaz que los anteriores, rayó con infernal tumulto las tinieblas profundas y vieron helados de espanto al mismísimo Satanás que se debatía furioso entre las serpientes y malos espíritus a los que ensartaba en un tridente de largas y filosas púas y riendo con placer indescriptible, desapareció por fin entre el pozo mientras la suave luz de un tibio solcito besaba los doloridos párpados de Fernando y Amalia que habían visto al Diablo, bailando una zarabanda infernal y despertando horrorizados de tan horrible pesadilla clamaban al anciano con las caras bañadas de lágrimas que por favor les librara de tan tremendo martirio.

Y apareciendo el anciano baja la clara luz serena del día que alumbraba como antes la choza, les habló así:

—Eso que acaban de presenciar en nada me-

nos que la imagen de un niño malo y de negra conciencia. Las serpientes y verdes chacales y otros reptiles nauseabundos y malignos son los vicios del alma que está dominada por Satanas. —¿No vieron qué contento se reía el Diablo por ser dueño de los malos espíritus de esos niños y cómo les clavaba su acerado tridente?

—Sí, señor, — dijeron los niños llenos de susto.

—Bueno, para que a ustedes no les suceda cosa tan triste, tienen que ser buenos y virtuosos y así verán brillar sus almas como una luz. La virtud es la higiene del alma y para esto es necesario ser buenos y hacer todo el bien posible. Ejecutar todo lo que sea noble, puro, digno, es decir, todo lo contrario del mal.

Los niños escuchaban al maestro anciano, llenos de asombro y éste prosiguió:

—Yo conozco algunos niños que sólo se preocupan de pasear, acicalarse, divertirse y pulirse. La higiene personal puede considerarse como una virtud, pero la higiene moral, o sea del alma, es más importante. Sin embargo, desgraciadamente las virtudes se practican rara vez, siendo tan fácil para tener nuestra alma pura y serena como el agua de un cristalino

manantial. Es indispensable meditar antes de ejecutar una acción para ser justos y obrar en bien de nosotros y de los demás. Hay que apartar de nuestras mentes los malos pensamientos para evitar las malas acciones que ellos nos dictan. Para esto tenemos que pensar y tener siempre presente, que hay un Ser Superior que es Sabio y Justo y que castiga con grandes dolores los malos pensamientos, si no los rechazamos y nos ponemos a pensar en cualquier cosa con tal que sea buena. Los niños saben que los vicios morales considerados en la Doctrina Cristiana, son siete y que contra estos siete vicios hay siete virtudes las que llegado el caso y con un poquito de buena voluntad se pueden practicar, para, desde la niñez, acostumbrarnos a perfeccionar nuestras almas.

Ya saben mis queridos hijitos que uno de los peores vicios morales es la "envidia", no hay que desear con envidia el bien ajeno ni los trajecitos, ni los juguetes, ni las golosinas de los otros y mucho menos debemos sentir tristeza o fastidio porque otros niños posean lo que nosotros no podemos tener, porque todo vicio moral guarda en sí el germen del mal y como dijo el Señor: "no hagas nunca a nadie

lo que no quieras que te hagan a ti". Hay que ser humildes y, por lo menos, si no podemos sentirnos alegres, como nos enseña la ley moral, por el bien y la felicidad del prójimo, como si fuera nuestra, no debemos enojarnos con los seres que son más felices que nosotros, y mucho menos desearles mal alguno y con esos sacrificios nobles y con esos buenos deseos y pensamientos, formaremos un jardincillo de florecillas muy blancas y perfumadas que deslumbrará de luz esa casita invisible y real que todos llevamos adentro y que se llama alma o espíritu. Pero para cultivar ese jardín hay que ser buenos y tener mucha y muy buena voluntad, es decir: deseos y disposiciones de ser buenos. Debemos estudiarnos a nosotros mismos en nuestros pensamientos, palabras y acciones y con mucha humildad en el corazón para, sin esa repugnante soberbia, poder pensar lo que somos, es decir: muy poquita cosa aunque nos parezca que somos una gran cosa... no... somos apenas unos puntitos en el universo, unos pobres gusanitos perdidos entre las maravillas de la creación, eso somos y nada más, pero si tenemos pretensiones de brillar, de ser algo, si nos empeñamos en ser moralmente grandes, para elevarnos a regiones más

luminosas... entonces, para ser grandes, podemos siendo justos, puros, buenos, es decir, practicando la virtud, elevarnos, con alitas como la oruga convertida en mariposa para reflejar la luz de nuestras buenas obras que es lo que vale en la vida y en la muerte... Debemos pensar si las obras ejecutadas cada día han sido buenas y trataremos siempre de ser al otro día mejores que el día anterior, es decir: justos, caritativos, humildes, etc., y cuando estemos por cometer alguna injusticia, debemos acordarnos que hay un Ser Justo que castiga a los malos y que en la vida o en la muerte nuestros espíritus inmortales tendrán que pagar las deudas contraídas con El que es la Sabiduría y Justicia Divina. Porque aunque nosotros no lo vemos, él mira nuestros actos malos y buenos y con sus ojos como rayos de luz, penetra nuestras conciencias, lee en nuestros pensamientos, y ve los sentimientos y deseos que guardamos en nuestros corazones."

A esta altura del diálogo, los niños sintieron una suave caricia en sus almitas y como en un sueño siguieron oyendo las sentencias y consejos del venerable anciano. Entonces una cosa extraña les sucedió. Una luz blanca inun-

dó la choza al mismo tiempo que apareció en el aire azulado un coro de ángeles con rulos de oro que caían sobre sus blancas túnicas que los cubrían hasta los pies, ocultos entre millares de flores. Abrían sus alas de blancas plumas y sobre sus cabezas tenían unas coronas luminosas.

—"Hijos míos, — dijo el anciano a los niños —: Esos espíritus celestiales simbolizan las virtudes de las almas puras". Luego los besó en la frente suavemente y prosiguió:

—"Si consiguen ser buenos y siguen mis consejos, algún día formarán en esos coros". Y se iba borrando lentamente la figura del anciano, con su cabeza blanca circundada de un arco dorado y resplandeciente como la de los santos, mientras se elevaba a lo alto sobre una nube rosa, hasta perderse en el cielo azul con el coro de los espíritus celestiales.

———o———

INDICE